



AÑO IV

← BARCELONA 1.º DE JUNIO DE 1885 →

NÚM. 179

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



EL DOGE EN EL CONSEJO DE LOS DIEZ, acuarela por J. Villegas

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL AMOR QUE ASESINA, por don Manuel Fernandez y Gonzalez (continuación).—UN MATRIMONIO, por don Pedro María Barrera.—LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS (III), por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: EL DOGE EN EL CONSEJO DE LOS DIEZ, acuarela por J. Villegas.—LA BUENA HERMANITA, cuadro por R. Sonderland.—LA POESÍA Y LA CIENCIA, grupo escultórico por Juan Benk.—RECELOS MATERNALES, cuadro por Rosa Schweninger.—LAS ARTES Y EL COMERCIO, grupo escultórico por Juan Benk.—CHARITAS, pintura al óleo por J. Bosch y Culilla.—CALLE MAYOR DE SITGES, pintura al óleo por Roig Soler.—UNA CALLE DE MI PUEBLO, pintura al óleo por Ruiz de Leon.—TRISTS RE-CORTS, pintura al óleo por A. Fusté.—MUELLE DE BARCELONA, pintura al óleo por J. Llavería.—CABEZA DE ESTUDIO, dibujo por R. Call.—VÍCTOR HUGO.—PROYECTO DE DEFENSA DE UN PUERTO POR MEDIO DE TORPEDEROS.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: UN VICIO FATAL, cuadro por A. Echter.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Victor Hugo ha muerto.—Su genio, su amor á España y sus desgracias.—Desterrado y glorificado.—Guernesey y la Academia.—Sus enemigos y sus nietos.—Riqueza y trabajo.—Apotheosis.—Pasemos á otro asunto.—Pérdida de cosechas.—El siervo de la gleba.

La muerte de Víctor Hugo es un acontecimiento universal. Ningun hombre de entre cuantos hay vivos en el año 85 ha podido obtener tales sufragios de dolor público.

Ochenta y tres años de vida y de vida laboriosa le daban derecho al reposo.

Ha cumplido todos sus deberes de ciudadano y de artista. Ha fundado una familia, la ha enriquecido, la ha cubierto de gloria. Se ha dedicado á sus nietos y á las musas y no se sabe si era el abuelo de las musas ó si las musas eran sus nietas, porque poseía el genio y la inspiración como cosa heredada y patronímica. Nació y tomó posesión de ese cielo de gloria y aplausos.

* *

«Cuando yo nací, el siglo tenía dos años,» exclama Víctor Hugo en una de sus *odas*. Por esta manera ingeniosa ha hecho constar en sus versos el poeta el día de su venida al mundo. Tal hacían los emperadores romanos que mandaban grabar con letras de plata la fecha de su natalicio y las particularidades que coincidieron con él, en una columnilla de oro, en cuyo remate posaba el águila imperial con el pico abierto y las alas extendidas. Víctor Hugo ha hecho constar su nacimiento en una columna de oro.

En una oda suya.

* *

Desde que publicó Víctor Hugo sus *odas* y *baladas*, hasta que ha cerrado sus ojos de soñador, por donde ha ido ha dejado rastro de flores y de luz. Su campaña constante en defensa del desvalido, su tenaz empeño en bien del débil ha sido coronada por el más grande éxito. Aún no hace ocho meses que el anciano escribía al Czar de Rusia pidiéndole el perdón de dos reos condenados á muerte. Aún no hace un mes que dedicaba el producto de venta de uno de sus libros á costear la fundación de una modesta escuela en un pueblecito de Normandía. En sus estrofas ha circulado siempre un soplo de justicia y de amor humano. En sus acerbidades contra el enemigo de la libertad y la concordia, ha sonado siempre el eco que se escucha aplicando el oído á los *Anales* de Tácito. Son dos jueces que condenan y hacen subir á los tiranos, á los crueles, á los egoístas, á los perseguidores de la humanidad á la picota, y una vez en ella los fustigan con un manojo de cuerdas de oro.

* *

El padre de Víctor Hugo, el conde Sigisberto Hugo, vino á España con el rey intruso José Bonaparte y fué el mayordomo mayor de su palacio. El niño Víctor vivió durante un año en Madrid y estuvo en el Colegio de Nobles, viajó por Segovia, Burgos, Avila, descansó de su expedición palatina militar en Hernani y regresó á los 10 años á París, llevándose impresiones inolvidables en su alma. Conservó siempre de España el recuerdo de los primeros amores, las alegres y pintorescas memorias de la infancia, el poético encanto de los paisajes vistos en sueño.

Víctor Hugo vió á España durante el sueño sonrosado de la infancia, y nuestros poetas, nuestros pintores, nuestras catedrales, nuestra historia, las *hurries* de la Alhambra y los combatientes del *Romancero* flotaron siempre entre nubes de polvo de oro ante las pupilas del autor de los *Orientales* y *Hernani*.

* *

Tremendas desgracias de familia han hecho de la vida de Víctor Hugo un *via crucis*. Su hija Adela, objeto preferente de su amor paternal, se casó con un marino inglés, á disgusto del poeta. La pobre niña se volvió loca y loca sigue. Carlos, el hijo mayor de Víctor Hugo, murió joven. Hé aquí cómo el poeta pudo experimentar por sí

mismo los dolores de la paternidad destrozada, que canta con patéticas inspiraciones en sus poesías.

Poco despues Víctor Hugo perdió á su mujer, á la que habia sido compañera de sus esperanzas y de sus triunfos, á la que le habia inspirado tanta fe en la vida, tanto ánimo para el trabajo, tanto aliento en sus emigraciones y adversidades.

Víctor Hugo se refugió en el amor de sus nietos y desde que los tuvo fueron sus compañeros de paseo y gabinete, sus consejeros y sus inspiradores.

* *

Cuando mayor era su popularidad literaria el Imperio le desterró de Francia, el poeta huyó á Guernesey. Allí, frente á las tempestades del peligroso Canal, envuelto en olas de aire marino, escribió sus *Trabajadores del mar*.

El eterno contraste que ha presidido en todas las acciones y en todos los pensamientos del poeta hizo que, cuando el renombre suyo alcanzaba en Francia un respeto y una admiración más extraordinarios, el Imperio le desterrase. Miétras sus enemigos políticos le apercibían la proscricción y el confiscamiento de los bienes, sus apasionados literarios le apercibían un sillón en la Academia francesa. Salía de las vehementes contiendas de la crítica, de las luchas terribles de la política, de la conspiración y de la barricada para entrar en aquel tranquilo retiro, en aquel hogar ilustre y honrado, á jugar con sus nietos.

* *

Francia le llora hoy perdido. España, país de las predilecciones del poeta, no puede ménos de pedir una cinta de las que arrancan del féretro glorioso y asistir, desnuda la cabeza y llorosa la faz, á la inhumación del creador de la moderna poesía.

* *

Forzoso nos es abandonar el duelo del poeta, y cubierto de crespones el corazón, seguir espigando en el campo de la crónica. ¡Ingrato oficio, que impide al alma seguir los impulsos de sus sentimientos, y la manda seguir adelante, siempre adelante, sin detenerse ni descansar!

No hay transición posible para pasar del duelo de la poesía al hambre, que se anuncia para el próximo invierno.

Parece que las cosechas van mal y que en el Asia menor y en Hungría se han perdido los cereales, lo cual daría al pan, en el año 86, un precio subidísimo.

Comer un panecillo representaría un derroche. La canasta del tahonero sería la fortuna de un potentado.

Esto nos hace pensar en las eternas desgracias del labrador castellano. Esto nos recuerda que, en las expediciones venatorias por los campos de Castilla, en las brumas heladas de un amanecer de invierno, hemos visto á lo lejos, destacándose sobre el fondo gris de una tierra pobre y estéril, la figura de un labriego malamente vestido de paño burdo, calzados los pies con polainas de cuero, anudado á su cabeza el pañuelo de yerbas y que guiando la esteva del arado subía detrás de dos entecas mulas la loma áspera y desabrida; y cuántas veces, viéndole, hemos pensado en las fatigas y los afanes de esta vida oscura de que jamás ha de hablar el historiador y que jamás ha de conmovier con sus dolores á las muchedumbres; cuántas veces hemos compadecido las miserias y las privaciones de ese desventurado ciudadano, que sólo sabe que hay nación porque le exigen contribuciones cuantiosas y le embargan su casa y su campo si no las paga puntualmente; cuántas veces hemos visto en él el símbolo de los dolores del pueblo, tanto mayores cuanto más callados, y ajeno á las luchas políticas que conturban á la nación, desinteresado de las batallas campales que ensangrientan nuestra historia, elemento constante é incansable de trabajo, fiel tributario de las arcas del Estado que las sostiene en peso y las enriquece con su sudor y con su sangre, legionario constante de las armas españolas que ha producido tantos hijos para la guerra como la guerra le ha reclamado con su crueldad implía; incansable en el dar á la patria que le ha engendrado y que no merece de la patria otra cosa que desdenes y burlas; cuántas veces, repito, este grupo que forman en los campos de Castilla el fatigado labrador y la mísera pareja de bestias que le ayudan en su faena, se ha aparecido en mi imaginación y en mi memoria como un símbolo vivo y real de nuestro presente triste y afanoso. Ahora, á las desdichas que persiguen constantemente al labrador, hay que añadir las de las heladas del pasado invierno, las tormentas de la presente primavera y las zozobras no interrumpidas del que tiene que fundar su fortuna en el aire y en los caprichos de las nubes.

* *

Entre los libros que hoy aparecen al público veo algunos dignos de consideración.

El cisne de Vilasanta, novela naturalista de Emilia Pardo Bazan.

El monigote, novela cómica y tierna á un tiempo mis mo de Constantino Gil.

Ninay, novela de costumbres tágala, de Alejandro Poterno.

El género novelesco ensancha sus dominios. ¡Bien por sus cultivadores!

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EXPOSICION del CENTRO de ACUARELISTAS en el Museo Martorell

Continuamos en el presente número la reproducción de varios cuadros expuestos en el edificio que Barcelona debe al amor de uno de sus buenos hijos.

Hay en esta manifestación ejemplares que revelan cualidades en sus autores, y si en nuestro número anterior llamamos la atención hácia una acuarela de Pradilla, hoy la llamamos hácia una acuarela de Villegas, de cuyo valor, á pesar de todo, no puede el grabador dar idea perfecta. Tal es la fuerza de color y la seguridad con que está ejecutada.

La exposición del Parque merece, no sólo ser visitada, sino estimulados sus autores, para que prosigan con empeño creciente la obra iniciada. Ella demuestra que la industria y el arte, lejos de rechazarse, se hermanan, se completan, puesto que arte é industria tienen templo y sacerdotes que viven en la santa paz de la inspiración.

LA BUENA HERMANITA, cuadro por R. Sonderland

Indudablemente ha de ser padre el artista que ha trazado esta sencilla composición, y sin duda también ha debido presenciar con éxtasis paternal esas muestras de cariñosa protección que los hermanos y sobre todo las hermanitas mayores prodigan á los de más tierna edad. Esta simpática escena, que para ser un idilio sólo necesita árboles y arroyuelos en vez de la revuelta estancia en que ocurre, está tratada con el acierto que únicamente es dado á un artista que contempla con halagüeño arrobamiento las puras caricias que el amor fraternal engendra en los hijos de su corazón.

LA POESÍA Y LA CIENCIA, LAS ARTES Y EL COMERCIO, grupos escultóricos por Juan Benk

En distintas ocasiones hemos manifestado nuestra opinión respecto al significado de los grandes monumentos públicos. Un pueblo que tiene la conciencia de su valer y un gobierno digno de ese pueblo, están obligados, hasta por decoro, á dar testimonio de su importancia por medio de construcciones que, ni por su destino ni por su corte, se hallan al alcance de la individualidad. En poseer un buen palacio de justicia, museo, biblioteca, congreso, universidad ó templo, se halla interesado el orgullo de todos los ciudadanos; porque al fin y al cabo lo que á la colectividad pertenece, lo que á la colectividad interesa, ha de sintetizar materialmente la fuerza, el genio, la cultura, de esa entidad suprema, superior á todos los hombres y á todas sus instituciones, que se llama *el país*.

Una de las ciudades que mejor corresponde en este punto, á lo que exige el orgullo nacional, es la ciudad de Viena. Muchos y muy monumentales edificios contiene su recinto, entre ellos el destinado á Consejo del Imperio, cuya fachada decoran los dos grupos que publicamos en este número, obras, una y otra, de primera fuerza. Su autor ha seguido las tradiciones de los grandes clásicos griegos y ha producido un trabajo que por la seguridad de sus líneas, por la elegancia de su contorno, por su verdad anatómica y por su ejecución holgada y en todo feliz, pudiera suponerse concebido en los buenos tiempos de la artística Atenas.

RECELOS MATERNALES, cuadro por Rosa Schweninger

Con razón debe experimentar la pobre madre de la canina prole al ver á su cria en poder de dos rapazuelos cuyo amor á los animalitos corre parejas con su atolondramiento. Hay cariños que matan, debe decir para sí la sobresaltada madre, y si no lo dice, su instinto se lo hace temer, á juzgar por la atención con que observa los halagos que á sus hijuelos prodigan los dos muchachos, pronta á impedirlos ántes que degeneren en mortales.

Inspirada la aventajada artista en tan común como sencillo asunto, ha sabido representarlo con tanta naturalidad como destreza, con tal conocimiento del dibujo como de los efectos del claro oscuro, siendo su obra, á pesar de la insignificancia del asunto, de esas que cautivan agradablemente la vista por las artísticas condiciones que reúne.

VÍCTOR HUGO

Despues de lo dicho por nuestro ilustrado colaborador el Sr. Ortega Munilla en su anterior revista acerca del escritor insigne cuya reciente pérdida lamenta hoy, no tan sólo Francia, sino Europa entera, únicamente nos resta añadir que la ILUSTRACION ARTÍSTICA se honra una vez más insertando en sus columnas el retrato del esclarecido poeta, como se honrará también secundando el deseo expresado en sus últimas disposiciones testamentarias.

Je demande une prière à toutes les âmes. Je crois en Dieu.

Tales han sido su súplica postrera y su profesión de fe. Estamos seguros de que todas las almas responderán á tan sublime llamamiento, y nosotros, creyentes también en Dios, elevamos hasta su excelso trono nuestra humilde plegaria por el descanso eterno del que en vida y en sus obras supo inspirarse tan bien en el amor á Dios y á la humanidad.

PROYECTO DE DEFENSA DE UN PUERTO por medio de torpederos

No somos competentes en estrategia y con dificultad podemos apreciar en su justo valor el mérito de ese proyecto. A pesar de ello nos parece, cuando menos, ingenioso y á nuestro corto entender muy digno de ser tomado en consideración. La idea de construir una especie de baterías torpederas, de transmitir la acción destructora de esas baterías fijas por medio de la electricidad, y de centralizar la producción del fluido eléctrico en una especie de castillo fuera de la línea de combate, se nos figura aprovechable. Así, en nuestra lámina, el castillo señalado de letra A es lo que podríamos llamar foco productor: desde una altura descienden los conductores eléctricos que comunican con las torres torpederas B, de las cuales parten los torpedos, letras T. Puestas en combinación las torres y el castillo, y secundada su acción por medio de buques ligeros lanza torpedos, letras C, su campo de destrucción no tan sólo es muy extenso, sino casi infranqueable, puesto que la escuadra de desembarque tiene que atravesar por entre múltiples líneas de fuegos cruzados, tanto más temibles en cuanto el torpedo deja de ser un aparato fijo, para revestir el carácter de un verdadero y terrible proyectil. ¡Dios sabe las desgracias, las catástrofes que ocasionará este proyecto!

¡Y pensar que hay tantas madres que se pasan las noches rogando á Dios junto á la cuna de sus hijitos enfermos, para que la ambición de un hombre y el malhadado genio de otro hombre se los arrebaten traidoramente en la flor de su vida!...

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UN VICIO FATAL, cuadro por A. Echter

Este lienzo es un ejemplo de que el naturalismo, sin descender hasta el realismo grosero, puede producir y produce escenas impregnadas de poesía y hasta de sublimidad. Ese grupo de jugadores empedernidos, contrastando con el otro de una familia completa sumida en el dolor, produce un efecto real, profundo, que dirige sin remedio todas las simpatías del espectador hácia la esposa desolada, llamando en vano al corazón del padre de sus hijos.

Hay en el cuadro naturalismo, nadie podrá negarlo, y si no hubiera naturalismo no habría verdad, y no habiendo verdad faltaría el interés que de la verdad surge. Pero ese naturalismo no retiene el pensamiento pegado á la vil materia, no enfrena el vuelo de la imaginación que se lanza á las consideraciones más elevadas y abstractas; en una palabra, es un naturalismo que no rompe el encanto, no destruye la fascinación producida por el arte. El cuadro de Echter es de una verdad que agolpa el llanto á los ojos.

EL AMOR QUE ASESINA

TRADICION MADRILEÑA

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuación)

—Pues yo os digo,—contestó ella mirándole serena, grave y como dolorida,—que de nadie palabras como las que de vos acabo de oír he oído, ni á nadie se las oyera sin enojarme: y no sé por qué con vos no me enoja, ántes bien me apesadumbro y me lastimo; que veo claro que me dais vuestra alma y buscáis la mía, y ni la vuestra puedo recibir ni la mía daros; que habeis de saber que por un voto de mi madre, que venida yo á la razón he confirmado, destinada estoy á Dios, y no hay que pensar en que teniendo ya tan buen esposo, pueda tomar otro.

—¡Decíslo eso con tristeza y asomándoseos las lágrimas á los hermosos ojos!—dijo don Pedro con afán.

—Yo no sé cómo lo digo,—respondió ella,—que lo que siento nunca lo sentí hasta ahora, y tan trastocada me encuentro, que á mí misma no me conozco: y os digo esto porque no sé ni disimular ni mentir y ni puedo ni quiero ocultaros que me dais sobresalto y miedo, porque no parece sino que una mano invisible hácia vos me empuja, como si una cosa mía fuerais y parte de mí ser mismo: y aunque os lo manifiesto y añado que desde hace algunos días que en las mercenarias os veo en vísperas, en vos sin poderme defender pienso, y aunque nueva en amores conozco que os amo, también os afirmo que capaz sería de morir, ántes de perder mi alma, faltando á la promesa que á Dios tengo hecha: y si mi alma sola fuera, puede ser que por vos mi condenación no me espantara; pero me espanta la vuestra, que sabiendo vos á quien estoy prometida no podeis hacerme vuestra esposa sino ofendiéndome á Dios y condenándoos.

XVI

Vió claramente don Pedro que si él por ella estaba loco de amores, no menos loca por él estaba ella, y que enamorada, su amor ni quería ni podía ocultarle, sino que ántes bien con toda su alma se lo manifestaba: y que si con tal encarecimiento y fe hablaba de su voto (que bien podía ser redimido) por enamorarle y empeñarle más con dificultades era, ó porque tal vez desesperarle quería para que, en su desesperación, cegase y á punto viniese en que el cumplimiento del voto fuese imposible.

Y no era mucho que así pensase don Pedro, porque si

encendidamente la miraba él, más encendidamente ella mirándole se arrojaba; si él temblaba ella se estremecía, si él estaba pálido ella parecía una desenterrada, y en fin, que claramente se mostraba que desde que le vió se le aficionó, que con los recuerdos la afición se hizo amor y con el imposible del voto el amor llegó á locura que resplandecía en sus ojos, que suspiraba en su boca, que latía en su seno y se confesaba en su palabra.

De tal manera, con esto que veía y sentía, se le acrecia la ansiosa locura del amor á don Pedro, que ella le dijo:

—Si no quereis que yo maldiga desesperada la infausta hora en que os ví, y la más infausta en que os he confesado que os amo; si no quereis que aquí en un punto tristísimo acabe con mi sangre la dolorosa tragedia de este amor desventurado, juradme apartaros de mí, y que yo no os vuelva á ver en todos los días de mi vida, que no serán muchos; y ofrezced como yo á Dios el martirio de este malhadado cariño, porque así vuestra condenación es imposible.

—Pues que más condenado me he de ver sin vos que con vos y más perdido, temores cesen, dudas se acaben, miramientos no haya ni cobardías impidan glorias que vuestras almas enamoradas se brindan,—dijo don Pedro, yéndose con los brazos abiertos á doña María.

Arrodillóse ésta, extendió los brazos trémulos y exclamó mirándole desesperada:

—¡Mátame, que muriendo por tu mano impedirás que yo desesperada me mate! pero mira que no me deshonres, que entónces conoceré que no me amas, y te aborreceré, y te mataré en mi venganza.

Espantóse él, que no eran los ojos de doña María en aquel instante de mujer enamorada y medrosa que mal se defiende del amante codicioso, sino de leona brava que defiende sus cachorros, despreciando por ellos el peligro: vió que más que á la leona perder sus hijos, embriecía á doña María la vergüenza de su honor, y más que el temor de su fe, y se sintió cobarde, y retrocedió vencido.

Ella se levantó y dijo:

—¡Nunca más yo te vea, si he de verte tan olvidado de tu honra y de tu alma!

—¡Perdóname, pero yo muero!—exclamó desesperado don Pedro.

—Muramos los dos, pero sin mancha, y que Dios en la otra vida tenga misericordia de nosotros,—dijo doña María,—y de aquí sácame, y á encontrar á mi dueña vamos que debe andarme buscando desesperada.

—Cerrada está la puerta,—observó don Pedro,—que la mujer que aquí vive echó la llave cuando se fué.

—¡Ah traidor y mal nacido, que tú no me amas!—exclamó doña María yéndose á la puerta como si se hubiese sentido con aliento para forzarla.

En aquel mismo punto sonó en la puerta la llave.

Doña María retrocedió y se cubrió con el manto.

La puerta se abrió y entró la bruja, dueña de la habitación, á quien acompañaba otra mujer.

Aquella mujer era la dueña de doña María.

Lanzóse ésta á la puerta en cuanto la vió franca, asíó á la dueña de una mano y la arrastró consigo, escapando como el pájaro que ve abierta la jaula.

—¡Maldita seas vos,—exclamó don Pedro á la vieja,—y en qué mala hora os ha hecho volver el demonio!

Y salió disparado tras doña María.

Pero ya no la halló.

Todas las callejas de los alrededores estaban desiertas y oscuras.

XVII

Don Pedro no sabía en qué casa habitaba doña María. Volvió á casa de la vieja.

Esta, por otro escudo, le llevó allí donde la calle que despues se llamó del Soldado acababa en un callejón sin salida.

La casa de doña María hacia esquina á la calle de San Márcos.

En aquella esquina habia un mirador volado, cubierto por un tejadillo y con una columnilla de alabastro en su ángulo.

—Ese es el camarín de la señora de vuestra alma,—dijo á don Pedro la vieja señalándole el mirador.—Ved qué bien puesta está allí una columna para que se agarre á ella una escala: cuando os hiciere falta, yo tengo un compadre que es para estos empeños que ni de oro.

—¡Que el diablo os lleve!—exclamó don Pedro.

La vieja se fué y don Pedro se quedó contemplando el mirador que estaba cerrado y oscuro.

XVIII

Desesperado estaba don Pedro y un temor se le iba y una esperanza se le venia, y tras ella volvía el miedo, para dar lugar de nuevo á la esperanza: que no sabia si por espantada de su amor para siempre habia perdido á doña María ó si tan enamorada estaba que, á pesar de su espanto, á su amor se rendiría: y todo en él eran confusiones, zozobras y arrepentimiento por no haber sabido contener la avaricia de su deseo, queriendo llegar en un breve espacio á donde, segun veía, estaba muy lejos y con difícil y escabroso camino, y miedo le daba aquella pasión que apenas por él vista doña María le habia hecho su esclavo, y tan desventurado que en las penas de su desesperación moria, y muriendo comprendia que hasta entónces no habia ni sabido lo que fuese una mujer, ó un alma que á su alma se juntase y de tal manera que no parecia sino que eran una misma alma y tan conjunta

que nada la podia separar y volver á dividir las en dos, ni áun la muerte; y esto le daba aliento, porque él conocia que un amor tal no podia sentirle él si ella del mismo modo no le sintiese.

XIX

Pero por más que la calle paseaba, y tosia y hacia de manera que ella sintiese que en la calle estaba, ni el mirador se abrió, ni la casa dejó de estar silenciosa como si hubiese sido una sepultura.

Así pasó la noche, y amaneció sin que en su ronda cesase don Pedro, el cual como tenazmente habia esperado la noche esperó junto á la puerta de la casa á que alguien saliese.

Al fin, allá á las ocho de la mañana, uno de los postigos de la puerta se abrió, y muy arrebujada en su manto salió una mujer en la que por el aire conoció á la dueña de doña María.

Abalanzóse á ella, pero la dueña le hizo una señal como indicándole que allí no la hablase y que la siguiese, y él la siguió, y cuando hubieron rodeado el barrio se detuvo la dueña y mostrándole una carta, le dijo:

—Esto para vos me han dado, y con mandato de no hablar con vos, ni con vos detenerme, que conocida soy y podria ir en ello la honra de mi señora.

Y le dió la carta y se detuvo un tanto como esperando un regalo.

Pero sin dinero se habia quedado don Pedro, que tal era su pobreza, que con haber gastado tres escudos se habia quedado sin blanca, y hubo de decirle:

—En ocasion me encontrais en que por no estar prevenido, regalo digno de vos no puedo haceros, que no os he de agraviar dándoos dinero: pero en otra ocasion y no tarde joya rica os regalaré que os contente.

A punto estuvo la dueña para decirle que ella por dineros que la diesen no se agraviaría, pero dando á olor de bolsa vacía no quiso perder palabras, y abreviando saludó á don Pedro diciéndole que ella, para servirlo, no necesitaba regalos y se fué mohina diciendo para sus tocas:

—Buena la hemos echado con el primer amor de mi señora: si así habia de ser él, bien hace ella en meterse monja.

XX

Abrió impaciente la carta don Pedro y vió que decia:

«Si vos habeis velado en la calle, tras las oscuras vidrieras de mi mirador he pasado la noche en vela, y de allí no me he quitado hasta que con la luz del alba hubierais podido ver que allí estaba. No me atormentéis poniendo con vuestras rondaduras en peligro mi opinión, que aunque eternamente delante de mi casa os esteis, yo al mirador no he de salir para hablaros, ni á la calle para que á mí os acerqueis: así os ruego que más por mi calle no paseis; ni á la iglesia á buscarme vayais, si no quereis perder la estimación que en el alma os tengo, y que tanto más grande será cuanto más viese que por no enojarme no me perseguís.»

No supo qué pensar de esta carta, si era un favor ó un disfavor, don Pedro, y á su cuartel, que estaba en la calle de San Nicolás, se volvió imaginando qué haria para llevar á buen término y glorioso suceso aquellos amores que eran ya más para él que su vida; y conociendo que sin dineros no se puede ir á la guerra, á un su grande amigo pidió un pequeño préstamo y con él aquel mismo día se fué á una casa de juego á probar fortuna, y tal fué ésta que en dos horas levantó más de mil doblones de á ocho, con lo cual se encontró tan fuerte, que ya por seguro tuvo que no habian de faltarle medios para introducirse secretamente en la casa de doña María y en su mismo camarín, lo cual era la seguridad de la victoria á todo trance ganada, despues de lo cual el casamiento sería irremediable y su felicidad segura.

Pero conociendo que si por algun tiempo cumplia lo que en su carta le habia mandado, ella lo tomara á rendimiento, y más se apasionaria, y menos fuerza tendria para resistirle, por su calle no volvió á pasar, aunque si envió quien de su parte hablara con la dueña y la citara.

Acudió la vieja, empezó don Pedro por regalarla un rosario de oro y perlas, por lo que ablandándose la dueña le dijo, que doña María estaba descontenta y pálida y desganada, que no salia á la calle ni para ir á la iglesia, y que se pasaba las horas muertas detrás de las vidrieras de su mirador contemplando la esquina de enfrente, donde don Pedro se habia pasado toda una noche rondándola, y que con las lágrimas en los ojos no parecia sino que allí en la esquina le veía.

Alegróse con estas noticias don Pedro y despidió á la dueña pidiéndola que le diese noticias de lo que sucediese y que no la faltarian regalos.

De allí á algunos días le buscó en el cuartel la dueña y le dijo que tan al cabo habia llegado doña María que la habian acometido unas calenturas nocivas por las cuales se habia visto obligada á guardar el lecho.

XXI

Buscó don Pedro un pintor, y pagándole lo que quiso él le retrató en la misma esquina que doña María contemplaba desolada; como si á él lo hubiese visto allí; y aunque el pintor hizo el retrato de memoria, salió tan al vivo, que visto á alguna distancia no parecia sino que el mismo don Pedro estaba allí parado.

Esta obra se hizo aprovechando el tiempo en que doña María guardó el lecho, y cuando, ya convaleciente, á las vidrieras del mirador se arrimó y miró á la esquina, dió

un grito de alegre sorpresa, porque á primera vista creyó que era el mismo don Pedro, pero reparando luego que era pintura exclamó con lágrimas:

—¿Quién te ha dicho, tirano y cruel, que era menester para que yo te recordase ver tu imagen? ¿Pues no conoces que por desventura mía la tengo indeleble en mi alma? Mal me conoces, pero quiero que sepas cuánto soy capaz de hacer para que se acaben mis desventuras.

Espanto daban el descompuesto semblante y los tristes ojos de doña María cuando pronunció estas palabras, que no parecía sino que un siniestro propósito se le revolvía en el alma y le salía á los ojos.

XXII

Se acercaba en tanto el día en que doña María, para cumplir su voto, debía tomar en las mercenarias de Gón-gora el velo de novicia.

La víspera de aquel día, llamó á su dueña y la dijo:

—¿Os acordais del soldado de aquella noche en que estuve algun tiempo perdida de vos, doña Inés, y con él me encontrasteis?

—¿Que si me acuerdo?—contestó la dueña relamiéndose con la esperanza de un buen regalo, porque creía que al fin su señora se rendía á sus amores:—aunque no me acordase ahí le tenemos retratado en la esquina y tan bien que no parece sino el mismo en persona.

—¿Y podriais encontrarle?

—Pues ya lo creo: ya veis por sus preseas que es soldado en la guardia española y no hay más que ir á su cuartel á buscarle.

—Pues id y decidle con secreto que esta tarde iré yo sola á vísperas á las mercenarias y que á la vuelta me espere en esa misma esquina.

Don Pedro, que sabía por la dueña que al día siguiente debía doña María

entrar en el convento de las mercenarias y estaba desesperado y habia convenido con doña Inés en que aquella noche le introduciría en el aposento de su señora para impedir con un escándalo entrase en el claustro, ántes bien á casarle con ella se viesen obligados, se creyó el hombre más feliz del mundo, porque no podía creerse

sino que doña María le buscaba ya resuelta á todo y que ella misma procuraba motivos para que se viesen obligados al casamiento.

Se le hizo el día una eternidad, y al oscurecer, acudiendo á la cita, fué á ponerse en la misma esquina en que su retrato estaba.



LA BUENA HERMANITA, cuadro por R. Sonderland

XXIII

Ya se ha dicho que por aquellos tiempos la calle de San Anton y sus vecinas eran estrechas, apartadas y solitarias aún de día; al oscurecer ya no pasaba más que algun vecino que volvía tardamente á su casa.

Era un barrio pobre, de gente artesana que se recogía temprano.

Aquellos lugares eran medrosos y parecían de mal agüero.

Cerraba la noche.

Doña María no parecía.

Don Pedro temió si habria ido tarde.

Empezaba á desesperarse y con su desesperacion estaba distraido, cuando de improviso vió ante sí una mujer envuelta en un manto, pero con el semblante descubierto que se veía á la última y escasa luz del crepúsculo.

Era ella.

Le miraba ansiosa.

Parecía el espectro de una mujer que hubiese muerto de amor y se aparecía al hombre á quien aún en la muerte amaba.

Don Pedro sintió al verla un frio que le corria por el cuerpo y le penetraba hasta los huesos.

—¡Yo soy tuya, tuya por toda una eternidad!—exclamó ella con una voz tristísima;—pero para que sea tuya, necesario será que me mates, y que por haberme matado mueras, porque sólo en la tumba podemos lograr nuestro amor.

—¡Que te mate!—exclamó con horror don Pedro.

—Sí, tú me matarás, porque tu amor es un amor del infierno, y el infierno nos arrebatará á los dos.

Un vértigo extraño iba poco á poco apoderándose de don Pedro.

Empezaba á sentir un odio de amor hacía aquella mujer que le disputaba su hermosura.

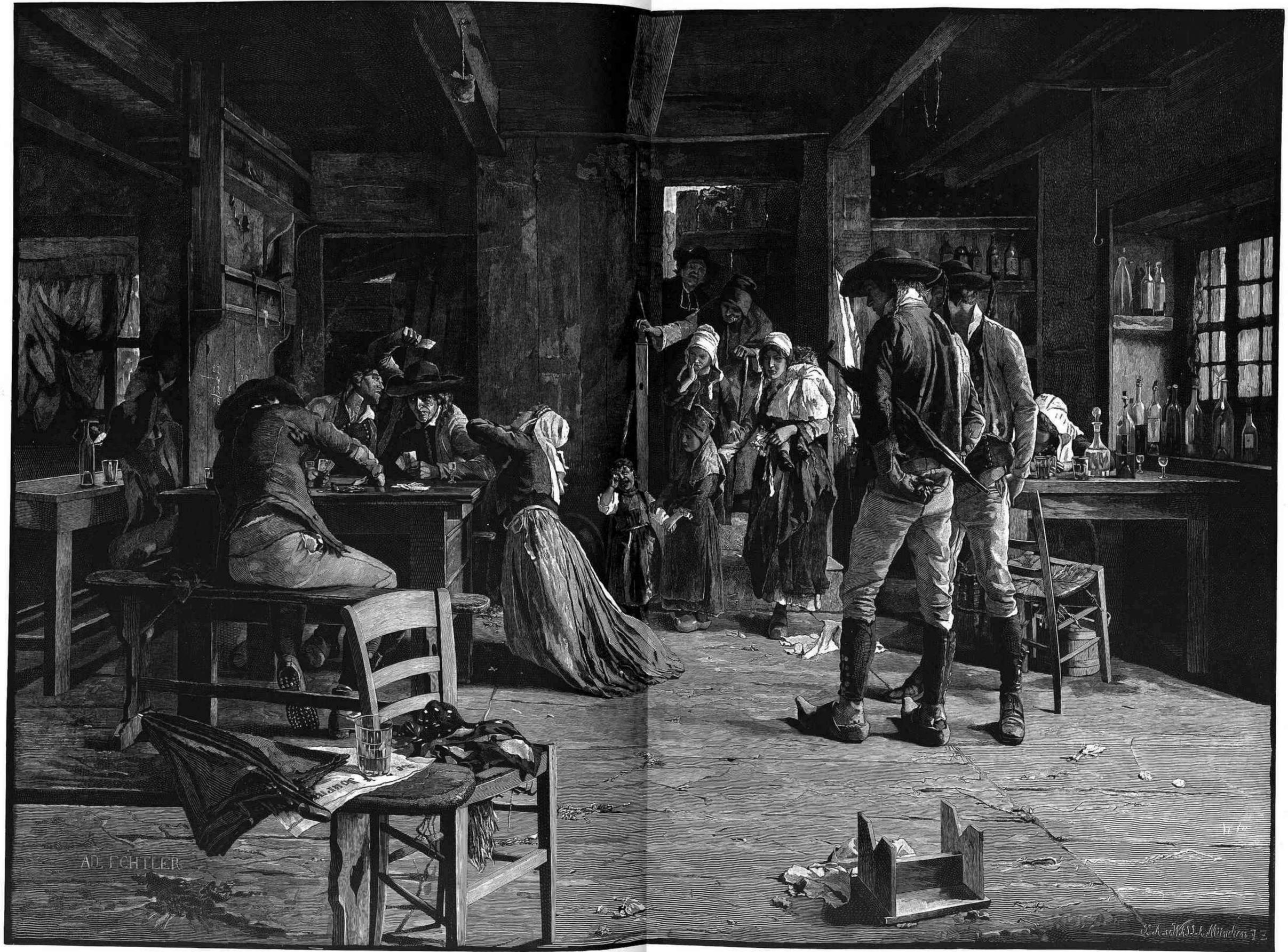
—¡Ah!—dijo don Pedro:—¡esas malditas monjas que están gozando mis riquezas se han apoderado de tí, te han enloquecido amenazándote con las iras de Dios, y tú me matas! ¡sígueme!

—¡No! ¡yo te amo á despecho mio, y porque este amor me desespera, he llegado á aborrecerte! ¡tú eres un tirano! ¡tu recuerdo no se aparta de mí, te veo en mis sue-



LA POESÍA Y LA CIENCIA, grupo escultórico por Juan Benk

6



AD. ECHTLER

UN VICIO FATAL, CUADRO POR A. ECHTLER

Ed. de la Imprenta de la Ilustración 7

ños, te adoro, y adorándote me condeno! ¡aborrezco mi vida, que tú has hecho desesperada y te maldigo!

—¡Ah! ¡tu amor es un amor que asesina!—exclamó don Pedro:—¡tú eres para mí un castigo de Dios por mis infames culpas! ¡yo he burlado al amor, yo le he escarnecido, yo he bebido las lágrimas de desventuradas que han muerto de desesperacion! ¡tú eres mi demonio, y yo te adoro, yo ansío anegarme en tu fuego, abrasarme eternamente en tu infierno! ¿Y no tendrás compasion de mí?

—¡Tú has perdido mi alma! ¡como tú me adoras yo te adoro, y como tú me aborreces te aborrezco!

—¡Oh! ¡ten compasion de mí! ¡sígueme! ¡olvidate de ese terrible Dios que te espanta! ¿acaso hay otro Dios que el amor?

—¡Mi voto hace imposible nuestro casamiento, y yo no seré jamás en vida la manceba de un hombre! ¡mátame para que nuestro amor se logre! ¡no quiero que te quedes en la vida! ¡sígueme!

—¡Las monjas! ¡siempre las malditas monjas!—pensó en el colmo de su desesperacion don Pedro.

Y la locura se iba apoderando más y más de él.

—¡Tu voto puede anularse!—exclamó.

—¡Yo no pediré la anulacion del voto! ¡no la pedirá mi madre! ¡no nos la darian tampoco! ¡sólo la muerte nos puede unir!

—¿Y si no mueres?

—Mañana entraré en el convento: ¡y tú te quedarás en el mundo! ¡tú te desengañarás de un imposible! ¡tú te consolarás con el amor de otra! ¡tú me olvidarás! ¡ah! ¡no! ¡no! ¡eso seria horrible! ¡mátame y muere tú! ¡yo no tengo valor para matarte primero y luego matarme yo!

—¡Las monjas! ¡las monjas!—repitió ya delirante don Pedro.

—¡Ellas me esperan y yo no quiero poner entre los dos el claustro!

—¿Y no me seguirás?

—¡No! ¡no te seguiré más que muerta!

Y devoraba con una mirada de fuego á don Pedro, le embriagaba, y resplandecía con una hermosura infernal.

—¡Y prefieres mi muerte y la tuya á seguirme, á huir conmigo de esta tierra maldita! ¡á ser venturosos en el delirio de nuestro amor!



RECELOS MATERNALES, cuadro por Rosa Schweninger

—¡Todo, todo! ¡la muerte, la condenacion ántes que la deshonra!

—¡Ah, no! ¡tú no eres una mujer, tú eres un espíritu maldito que Dios ha enviado para castigarme!

(Continuará)

UN MATRIMONIO

Servia José en Madrid á un conde, en calidad de ayuda de cámara, y servia Benita en la misma casa, como doncella de la condesa. Era José un guapísimo mozo en opinion de Benita, y era Benita la mujer más seductora en opinion de José. Aprovechaban, por lo tanto, todo el tiempo que podian para decirse ternezas, y como no era cosa de ocuparse siempre de ellos mismos, algunas veces se ocupaban de sus amos.

—¡Roñosos!—exclamaba el ayuda de cámara.—Él me ha negado un insignificante aumento de salario que le he pedido.

—Son el orgullo andando,—añadía la doncella.—A mí no me dirige *ella* la palabra más que para darme sus órdenes.

—¡Claro! los ricos creen que los pobres tenemos obligacion de servirles de balde.

—Y que no somos todos iguales.

—¡Vaya si lo somos!

—¡Valiente gentuza!

José y Benita se casaron más adelante y pusieron con sus ahorrillos un modesto establecimiento de cuellos y puños de camisa en un quinto piso de una calle céntrica, cuyo nombre no hace al caso. Pudieron tronar como arpa vieja y pasar el resto de su vida comiéndose los codos de hambre; pero sucedió todo lo contrario y al poco tiempo trasladaron su vivienda al piso cuarto de la misma casa y ampliaron su industria hasta el punto de hacer camisas enteras. No paró aquí el cuento: un año despues se bajaron al piso tercero y advirtieron á sus favorecedores que allí podrian surtirse en lo sucesivo de calzoncillos, enaguas, calcetines y todo género de ropa blanca. Bajando, bajando de pisos, y subiendo, subiendo en intereses, acabaron por ser propietarios de una magnífica tienda de planta baja, con vistosos escaparates, en que los más artísticos y caprichosos objetos alternaban con guantes, corbatas, abanicos y botes de esencias, todo de última moda, y por ende, todo valorado en unos precios que era

cosa de hacerle la cruz como al diablo.

Asegurada una sólida fortuna, José buscó nuevos veneros de riqueza y se metió en la Bolsa. Tambien allí pudo pegar un soberano barquinazo y verse en el caso de volver al punto de partida, es decir, á hacer cuellos y puños en un piso quinto. Pues no señor: nada de eso. Hoy ju-



LAS ARTES Y EL COMERCIO, grupo escultórico por Juan Benk

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



CHARITAS, pintura al óleo por J. Bosch y Culilla



CALLE MAYOR DE SITGES, pintura al óleo por Roig Soler

gando al alza, mañana á la baja, tomando y soltando papel con un desparpajo que aturdió á los más veteranos y entendidos en achaques del oficio, nuestro hombre se redondeó de tal modo que decidió traspasar la tienda y darse buena vida, frecuentando la mejor sociedad, aprovechando las ocasiones de intimar con los más encumbrados personajes y esquivando las de tener que rozarse con los que pudieran recordarle su humildísimo origen. Benita estaba como chico con zapatos nuevos y pasaba la mitad de los días ideando la manera de llenar el abismo sin fondo de su vanidad femenil y la otra mitad poniendo en práctica un ingenioso tira y afloja de mimos y desabrimientos para que Pepe, que no sabiendo ya qué hacer se había hecho la quinta esencia de la avaricia, autorizara con su *Visto Bueno* algunas partidas de *cargo* que no tenían correspondencia en las partidas de *data*.

—Estoy recordando,—dijo una vez la ex-camisera, mientras hacia al ex camisero el lazo de la corbata,—que siempre que la condesa pedía el coche, entraba yo á decirle: «Señora condesa, puede bajar vucencia: ya han enganchado.»

—¡Qué tiempos aquellos, chica!.. éramos dos peleles. —Pues mira, si tú quisieras, aquellos dos peleles podrían hoy muy bien hacer que cuando una de mis doncellas me avisara que el coche estaba pronto, tuviera obligación de decirme: Señora condesa, puede bajar vucencia: ya han enganchado.

—¡Jí! ¡jil!.. como me gustaría á mí eso!

—¿De veras, Pepito? Pues mira, con que pidas una gran cruz y un título de conde, nos quitaremos el amargor de la boca. Hazlo, hijo, hazlo: otros, con menos razon, lo pretenden y lo consiguen.

Pepe sintió tal arrechucho de regocijo que prorumpió en la siguiente tontería:—Sí, hija, sí: tú condesa, y yo... ¡claro! conde: tú vucencia hembra, y yo... ¡claro! vucencia macho.

Salió nuestro hombre de su casa encantado del talento de su mujer y decidido á poner por obra el siguiente plan:—Primero: ver si era fácil convertir á Benita en excelentísima señora. Segundo: intentar que la excelentísima señora Benita tuviera derecho á usar una corona en todos los muebles, ropas y efectos de su pertenencia.

Comenzó por ir al ministerio de Estado, donde conocía á un oficial, según su cuenta. Esta cuenta estaba equivocada, porque además conocía en aquel centro á un portero que apenas le echó la vista encima se fué hácia él con los brazos abiertos, gritando:—¡Pepe!... ¡cuánto me alegro de verte! ¡Quién te habia de decir, cuando eras ayuda de cámara, que llegarías á donde has llegado!

A Pepe le hizo malditísima gracia este recuerdo y se puso del color de la cresta del gallo: era muy natural tan súbito arrebolamiento, porque nuestro hombre tenia la estúpida debilidad de avergonzarse de su pasado, y la más estúpida aún de creer que los que le habian conocido ochavo estaban obligados á pensar que siempre habia sido moneda de cinco duros.

—Usted se equivoca,—dijo:—yo no he visto á V. en mi vida... ¿Está don Fulano?

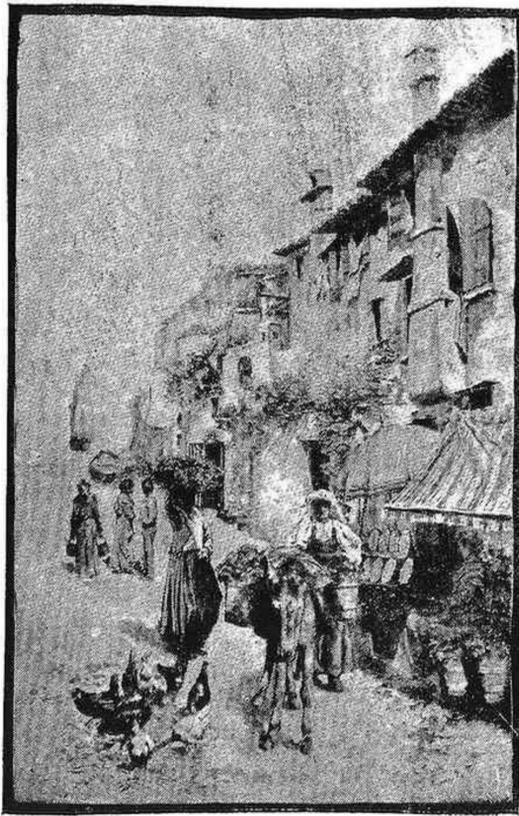
Introducido en el despacho de la persona á quien buscaba, se enteró de qué modo podría conseguir que le concedieran una gran cruz y del dinero que le costaría. Poco era por cierto para un hombre ahito de millones; pero se quedó, cuando lo supo, como si le hubieran dado

un palo, porque á su avaricia le pareció enorme el gasto que tendria que hacer.

Desde el ministerio de Estado se dirigió al de Gracia y Justicia, donde en el negociado de concesion de títulos de Castilla le dieron otro palo, diciéndole:—Un título de conde, con grandeza, cuesta ciento seis mil cuatrocientos reales; con grandeza honoraria setenta y cuatro mil cuatrocientos ochenta; y sin grandeza cuarenta y dos mil quinientos sesenta. Además, para poder usar el título, si lleva grandeza, hay que pagar una contribucion anual de dos mil reales, y si no la lleva, de mil (1). Además, el pintor miniaturista que extienda en pergamino la cédula de concesion no cobrará menos de otros diez ó doce mil reales por su trabajo. Además...

—No continúe V.,—exclamó Pepe, interrumpiendo al empleado.—Con lo dicho me basta para contestar á quien me ha pedido antecedentes.

Dió las gracias y salió haciendo ¡fú! como el gato.



UNA CALLE DE MI PUEBLO, pintura al óleo por Ruiz de Leon

La avaricia pudo en él más que la vanidad. La idea de Benita le habia parecido deliciosa, porque el muy ignorante pensaba que podría ser conde y excelentísimo señor sin gastar ni un solo maravedí: cuando, en contacto con la realidad, supo que la broma le costaría buenos pesos du-

(1) Esta contribucion establecida por la Ley de 26 de diciembre de 1872, no se ha cobrado nunca.

ros, cambió de bisiesto y se dió por convencido de que las mujeres sólo imaginan disparates.

Al regresar á su casa, Benita le recibió con una caricia expresiva y estas palabras:—¿Cuánto apostamos á que no has perdido el día?

—Ni el día ni el dinero. He aprendido que no puedo tener título ni gran cruz sin hacer grandes desembolsos, y como es una sandez cambiar oro por oropeles, hemos de resignarnos á oirnos llamar don José y doña Benita.

—Yo me encargo de que mudes de opinion,—dijo para sí la aspirante á condesa; y comenzó desde aquel punto á emplear el ingenioso tira y afloja de mimos y desabrimientos con que solia domesticar la avaricia de su señor marido. Pasaron días y días: pasaron meses y meses: pasaron años y años: ¡todo inútil! José continuaba firme que firme, repitiendo, siempre que venia á pelo y cuando no venia, que es una sandez cambiar oro por oropeles. No contento con esto, rebajó el salario á toda su servidumbre. Poco despues dijo que era preciso pensar en hacer economías, y Benita llegó á desesperar de salirse con la suya. Entónces, sin embargo, una casualidad, hija de la misma avaricia de Pepe, engendró probabilidades de que el asunto cambiara de rumbo. Fué el caso que él no cesaba de repetir que los criados les sisaban escandalosamente. Ella sostenia lo contrario, y, para ver quién tenia razon, convinieron en que lo mejor seria espiar desde el portero al mayordomo. El primer resultado del espionaje fué sorprender un diálogo de la cocinera y un lacayo, de que pueden servir de muestra las siguientes frases:

—Cuando él me rebajó el salario, conocí que estos son unos señores de pega.

—¡Y tan de pega! Ella no abre la boca más que para dar órdenes y ni siquiera nos mira cuando manda algo. Tiene un orgullo que ya! ya!.. huele á estropajo que corrompe.

—Como se han hecho ricos, piensan que no somos todos iguales.

—¡Y vaya si lo somos!

—¡Valiente gentuza!

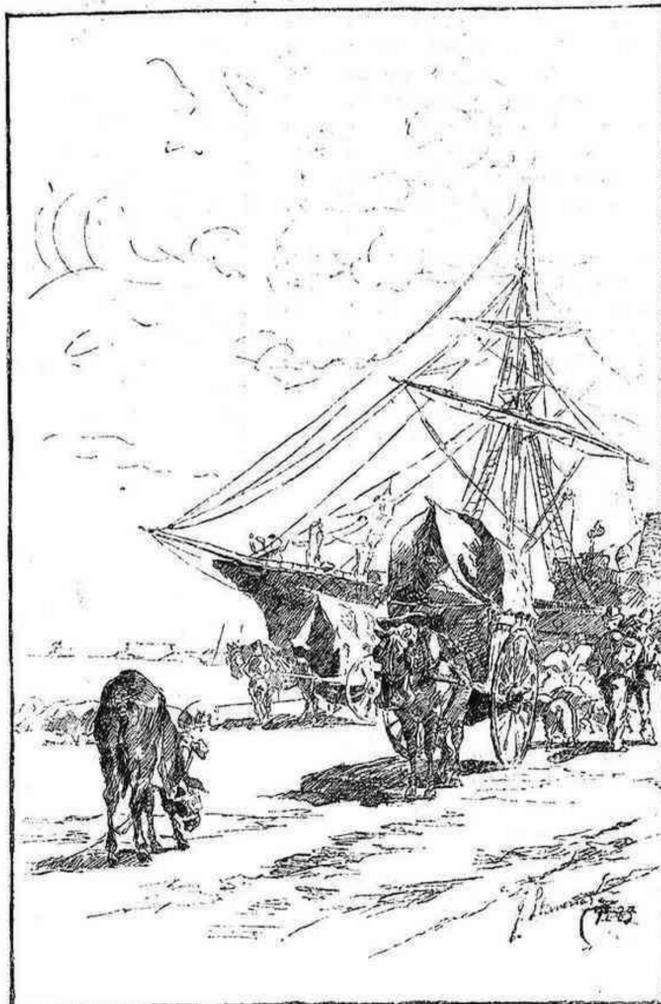
—Esos criados son una canalla,—dijo Pepe á su mujer, sin sospechar que les caía encima el piropo, porque algo muy parecido á lo que acababan de decir habian dicho ellos de sus antiguos amos, cuando no soñaban en tener quien les sirviera.—¡Hasta en mi misma casa se habla de si somos ó si no somos!.. Es preciso cerrar los ojos,—añadió para sí,—y hacer condesa á Benita. De este modo nadie nos llamará por nuestros nombres y se olvidará nuestro origen. Sacrificaré cuarenta y dos mil quinientos sesenta reales por un lado; aguantaré la gotera de los mil anuales de contribucion; economizaré lo que se pueda encomendando á un escribiente lo que habia de hacer un pintor miniaturista. A la sombra del título exigiré á todo el que me sirva que nos dé tratamiento de excelencia... y negocio arreglado.

Comenzó á moverse para lograr el objeto apetecido y, con gran asombro suyo, la cosa no se presentó tan hacedera como suponía. Afortunadamente para él adquirió unos créditos contra el tesoro público, que no pudieron ser pagados á su vencimiento. Invitado á que otorgase una próroga, se apresuró á otorgarla poniendo como primera condicion que le concedieran el consabido título de conde. Inútil es decir que fueron aceptadas sus proposiciones; pero cuando todo mohino, porque se acercaba el

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



TRISTS RECORTS, pintura al óleo por A. Fusté



MUELLE DE BARCELONA, pintura al óleo por J. Llovería

momento de cambiar oro por oropeles, y muy regocijado al par, porque iba á cubrir con una careta su nombre de pila, Pepe corrió á poner en conocimiento de Benita que en adelante ni ella sería Benita ni él sería Pepe, la encontró agonizando, á consecuencia de haber cometido una hora despues de comer, la triple atrocidad de engullirse un sorbete y dos vasos de agua helada.

Las últimas palabras que la ex-doncella ex camisera pronunció en el mundo, dirigiéndose al ex ayuda de cámara ex camisero, fueron las siguientes:—Me muero sin haber tenido el gusto de que me digan: Señora condesa, puede bajar vucencia; ya han enganchado.

PEDRO MARIA BARRERA.

LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS

III

El placer y el dolor

Con la sencillez que le era habitual y con su perspicuidad característica, decía Sócrates en el *Fedon*: «¡qué cosa tan singular, amigos, es esto que llaman los hombres placer! ¡Qué estrechamente enlazado con lo que se cree ser su contrario, el dolor! Ambos repugnan hallarse juntos á la vez en el hombre; pero si cualquiera persigue al uno y le alcanza, casi es de necesidad que reciba al otro como si fuesen dos cosas pegadas á un mismo tronco.»

No existe línea divisoria entre ambos, sino que en la complejidad de la vida son la mayor parte de los sentimientos *mixtos* de placer y dolor y áun se suceden dichos estados en una escala gradual que otra vez se siente mejor que se explica.

Algo semejante ocurre también con la definición del placer y dolor, que se sienten mejor que se explican, sin que puedan concretarse en palabras; que por esto afirma el sentido comun que «obras son amores y no buenas razones.»

Así es que todas las definiciones pueden reducirse á aquel círculo vicioso de que el placer place ó agrada y el dolor duele ó desagrada.

Y la conexión entre ambos cual eco de la ley del contraste hace que placer y dolor sean, como dice Sócrates, «dos cosas pegadas á un mismo tronco.»

Símbolo en esto como en todo de la vida nuestra sensibilidad, ella nos advierte cuán mezclados se hallan, dentro de la complejidad de la existencia, la risa y el llanto.

El vaiven de la cuna, en cuya movible base se apoya el niño, riendo ó llorando y á veces con risa y llanto juntos, es fiel expresión de la ley que rige nuestra sensibilidad que, buscando su equilibrio, pasa con excesiva frecuencia del placer al dolor y recíprocamente.

¡Qué sucesión más rítmica y cuán exacta es su aplicación lo mismo á nuestra sensibilidad fisiológica que á los

sentimientos espirituales! Así la risa nos provoca molestia y causa llanto.

Lloramos de risa y sentimos en el diafragma dolores tan vivos, que pueden convertir la risa violenta en sarcástica, terminando en un síncope, ataque de histerismo ú otra perturbación orgánica.

Gozamos con el dolor, cuando una pena intensa, sin desaparecer, pierde su carácter agudo y nos produce cierta complacencia, sintiendo lo que se llama el *placer del dolor*.

¡Antinomias y paradojas, cuya síntesis y explicación sólo pueden hallarse en la complejidad de nuestra existencia y en la ley propia de la vida emocional!

La melancolía, la indiferencia aparente, los engaños é

pesimismo, refinamiento excesivo, y con sus ribetes de culto, de las almas *d'élite*. En la aristocracia de la sensibilidad y en el olimpo de las emociones se coloca Hartmann, cuando invita, despues de explicar su pesimismo, á los cándidos optimistas á que le contemplen como *paradoja viva* en la felicidad de que goza, alimentando su inteligencia en una rica biblioteca, dando culto á lo inconsciente con el amor á su mujer y pagando su contribución á la especie con el fruto de su amor, un hermoso niño que juguetea á su alrededor.

Paradoja emocional es ésta, que va tras síntesis superior en las sensaciones corporales, en los sentimientos de la vida moral y en la sensibilidad artística. Mientras la sabiduría popular afirma que «las cañas se vuelven lanzas,» la crítica literaria entiende que entre lo sublime y lo ridículo media una línea casi imperceptible.

Insistamos, sí, en esta singular y misteriosa armonía que buscan con igual diligencia la espontaneidad de nuestros apetitos, la reflexión de nuestros afectos morales y la libre inspiración del arte, y desde luego anticipemos que este anhelado concierto ó sea la aspiración á la dicha es una tierra de promisión, un ideal inasequible, una sombra que se acerca, sin que la alcancemos, y que se aleja, sin abandonarnos. ¿Cómo y por qué?

Porque el equilibrio de la sensibilidad, á que referimos nuestra dicha, se halla representado por una *línea media* (*aurea mediocritas* de Aristóteles, *ecuanimidad* de los estoicos, *beatitud* de los cristianos), cuya indefinición se diluye en el enjambre de concupiscencias, afectos y pasiones, que tejen esta intrincada urdimbre de la vida humana.

El equilibrio de la sensibilidad depende en cada individuo fisiológicamente del estado de su organismo, de su idiosincrasia, moralmente del estado específico de su conciencia y del sedimento que una educación cuidada ó viciosa haya depositado en ella, socialmente de las influencias del medio y del lastre que la herencia y otra multitud de concausas hayan producido y siempre en todos los aspectos, del carácter eminentemente *subjetivo* de nuestra sensibilidad individual.

La sabiduría popular, cuando afirma «que sobre gustos no hay nada escrito,» la más antigua filosofía declarando con Platon «que el vino sabe bien al que está sano y mal al enfermo,» las ciencias biológicas, reconociendo en todo organismo sensible una idiosincrasia típica y específica, las observaciones más superficiales, advirtiendo que cuanto más se agita el corazón, más y más se siente dominado por antojos y caprichos; todo, absolutamente todo, colabora á confirmar y dar relieve á este carácter subjetivo de nuestra sensibilidad. Sí, tal es la verdad indudable; el hombre es el autor principal de su fortuna ó de su desgracia, dentro de sí lleva el ángel y la bestia de que habla Pascal; en él anidan las energías redentoras de sus caídas, en su seno lleva el Mefistófeles que le fustiga y le hace caer en tentación, y finalmente dentro de sí mismo tiene, como decía Milton, «su cielo y su infierno.»



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo por R. Call

hipocresías del corazón son otros tantos recursos, según la ingeniosa observación de los novelistas y de los hombres de mundo, á que apela la excitable sensibilidad del sexo bello para esgrimir el arma terrible de su coquetería.

El placer del dolor ó la luz de las sombras implica cierta apariencia de error; pero envuelve una realidad viva, que palpita allá en los profundos senos de nuestras emociones. A él se debe el aspecto poético y agradable del

Abundan las pruebas del carácter subjetivo de nuestra sensibilidad. La fisiológica, base orgánica de la sensibilidad espiritual, depende del estado de nuestro organismo, de suerte que las impresiones aparecen diferentes en los hombres según las condiciones que los rodean, sin dejar de diferir también de hombre á hombre.

Entramos sofocados en una habitación y nos parece fría su atmósfera, á reserva de que se nos antoje después, cuando hayamos descansado, su temperatura muy alta. Efecto de un fuerte resfriado, perdemos por tiempo el sentido del olfato.

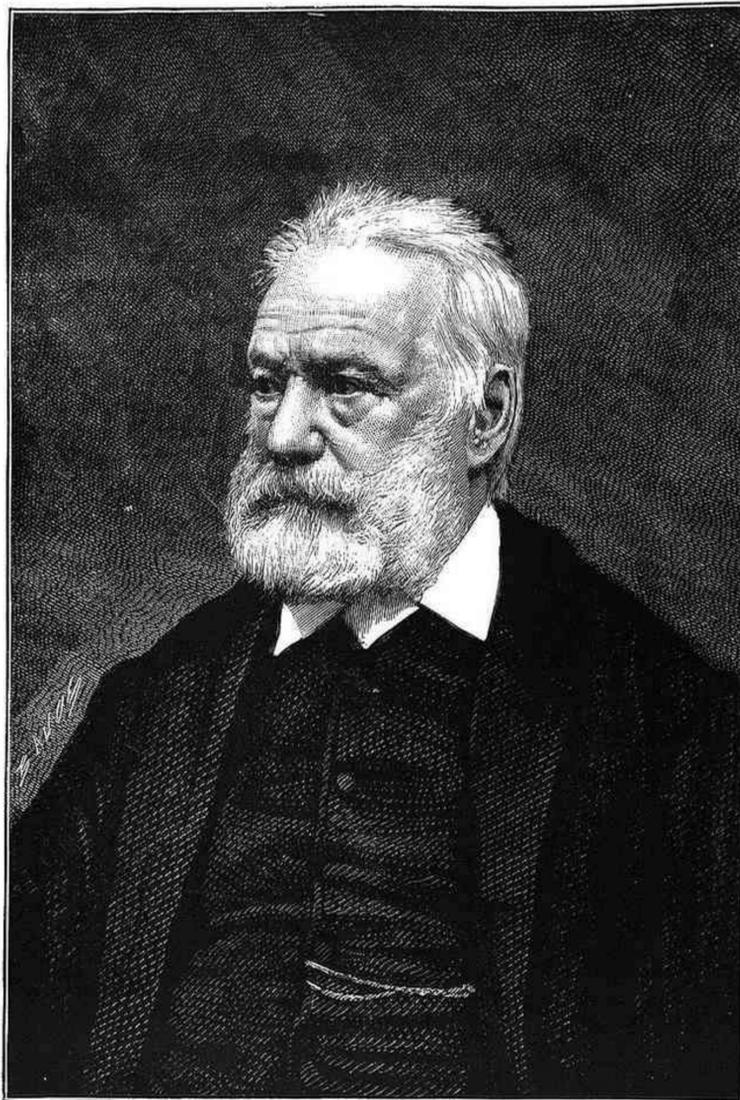
Muchas personas carecen de la percepción de determinados colores, cuya incapacidad, llamada Daltonismo porque la padecía el famoso Dalton, es debida á condiciones é influencias puramente subjetivas. Personas hay á quienes produce escalofrío y sobrecitación nerviosa el contacto de la cáscara del melocoton, aún cuando les guste la fruta. Goethe se ponía fuera de sí, cuando oía ladrar á un perro.

Contra estas idiosincrasias fisiológicas y morales, tenidas por invencibles, y de que son manifestación en los seres débiles el uso y abuso de los ataques de nervios y de los síncope (reales ó fingidos) va el severo precepto de Espinosa, que prohíbe sacrificar á condiciones subjetivas y variables el fondo real de los elementos, que se agitan en nuestra vida sensible.

Nadie ha excedido en estas silenciosas y heróicas luchas contra sí mismo á Goethe, que, en vez de correr tras espejismos falsos, empleaba toda su viril energía en dominar su excesiva impresionabilidad, haciéndose dueño de sí mismo.

Motejado más tarde como indiferente y egoísta, cual huésped del olimpo, se quejaba amargamente el gran poeta de sus detractores y aseguraba que cada uno de los surcos que hacía en su fisonomía el tiempo, era residuo y ceniza de volcanes apagados y de hervideros de pasiones por él calmadas y dominadas merced á un esfuerzo tan titánico cuanto que todo él era interior.

Celoso el gran poeta del completo dominio sobre su personalidad, cuidaba de avasallar sus más fuertes impresiones, y así refiere que para hacerse superior á los vértigos, que sentía en las grandes alturas, se ensayaba en correr por las cornisas exteriores de la catedral de Estrasburgo, y además que



VICTOR HUGO, nació en el año 1802; † en Paris, el día 22 de mayo de 1885

cuando notó que le ponía fuera de sí el más mínimo estruendo, procuró, para desechar esta impresión desagradable, unirse á la vanguardia de la artillería, llegan-

do á proporcionarse lo que denomina *fiebre del cañon*.

Provechosa y fecunda es la enseñanza que puede inferirse, estudiando esta índole característica de la sensibilidad.

Desde luego bien puede afirmarse, sin pecar de temerarios, que placer y dolor son criterios asaz falaces para referir á ellos la felicidad ó la desgracia.

Recae la acción del objeto sensible sobre el que siente, el cual se hallaba en un estado suyo, subjetivo (el anterior á la impresión), del cual depende en gran parte la emoción que nos produce lo sentido.

Así se dice que lo que á uno agrada, á otro desagradará, y que cosas que ahora anhelamos, quizá más tarde las menospreciemos. Y todo ello nos impide apreciar la verdadera naturaleza de las influencias recibidas. Bien lo patentiza el niño, á quien gana la voluntad el que satisface sus caprichos, lo mismo los beneficiosos que los perjudiciales.

Es pues necesario subordinar las afecciones del placer y del dolor á principios más fijos y ménos subjetivos, si queremos evitar que ambos se conviertan en falaces apariencias de una felicidad abstracta.

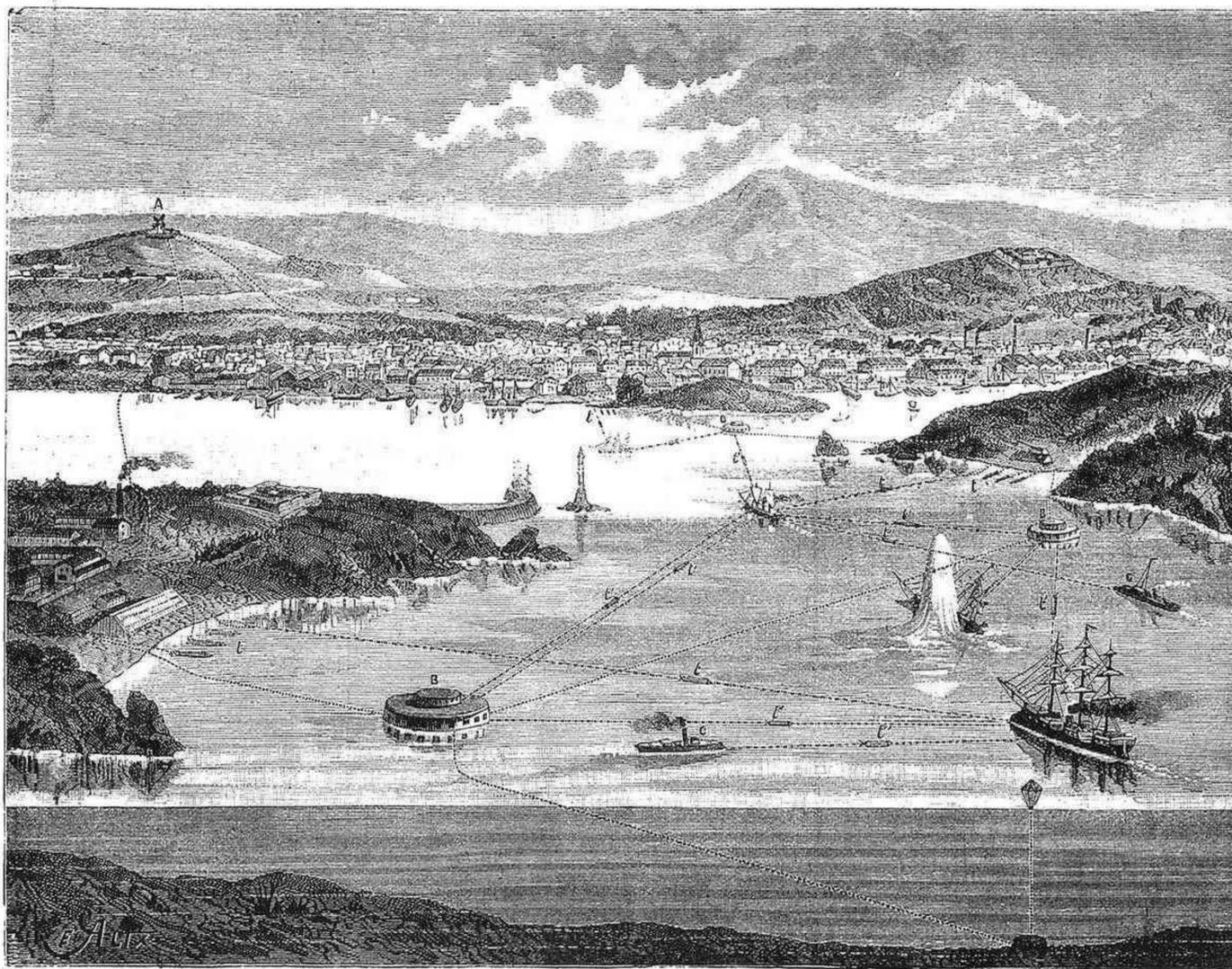
Dominados exclusivamente por la emoción, perseguimos un imposible, como el niño que corre tras su sombra.

Difícil de conseguir la felicidad, pues son múltiples y muy delicados los hilos, relaciones, aspectos y circunstancias que á ella concurren, conviene no dejarse llevar de optimismos perezosos ni de pesimistas desesperaciones.

Para alcanzar la felicidad relativa, la que consiste en la *paz del ánimo* y en el equilibrio de la sensibilidad, hay necesidad de encauzar y dominar nuestras impresiones, elevar y purificar nuestras almas ante la prueba del dolor y acentuar como característica de toda nuestra vida la racionalidad.

En suma, es preciso reconocer que la verdadera felicidad consiste, más que en la exacerbación del sentimiento, buscando placeres fugaces, en la perfecta igualdad de ánimo y posesión de sí, que es consecuencia del equilibrio de la sensibilidad.

U. GONZALEZ SERRANO



PROYECTO DE DEFENSA DE UN PUERTO POR MEDIO DE TORPEDEROS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. - *Ornamentación*, 2 tomos. - *Escultura y Gliptica*, 1 tomo. - *Pintura y Grabado*, 1 tomo. - *Cerámica*, 1 tomo. - *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON